

Encuentro Internacional Civilización o Barbarie: Desafíos y problemas del mundo contemporáneo. Portugal, 2004

La crisis del neoliberalismo y los desafíos para la izquierda

**Oscar Azócar G.
Sociólogo y Director del Instituto de Ciencias Alejandro Lipschutz
Santiago, Chile**

La idea de que Estados Unidos ha ingresado en una etapa de decadencia irreversible, que es sostenida por un neoliberal clásico como Jeffrey Sachs, puede ser ilustrada con la evidencia de dos mentiras del gobierno de Bush: el anuncio de victoria completa en Irak y las insistentes proclamas sobre la recuperación de la economía norteamericana.

Hoy ya mucha gente tiene claro que la guerra no puede ser ganada y que lo más probable es una retirada humillante. Por otra parte, los gastos siderales en la industria bélica no generaron reactivación sino desempleo y mayor recesión, pues la automatización y robotización propias de la sofisticada industria de armamentos de la actualidad, liquidan empresas obsoletas e incrementan el déficit fiscal, que ya llega a los 500 mil millones de dólares.

Hasta ahora la reproducción del capitalismo imperialista de Estados Unidos ha descansado en la expoliación del resto del mundo, merced a su posición hegemónica en relación a otras potencias imperialistas, que también usufructúan –aunque en menor grado- de esta exacción.

Para el imperialismo norteamericano es indispensable esta presión sobre el resto del mundo, aún a riesgo de desestabilizarlo, lo que cuestiona una de las condiciones de valorización del capital en la periferia: estabilidad sociopolítica relativa.

En efecto, los pueblos creen cada vez menos en la democracia neoliberal “representativa”, tutelada y restringida, con sistemas electorales no proporcionales, decisiones radicadas en poderes fácticos nacionales y supranacionales, que garantiza la impunidad del terrorismo de Estado y solo acepta un papel muy limitado de los partidos políticos, que siente en las luchas populares una amenaza para su dominación y que, a lo más, logra aceptar la participación ciudadana como mecanismo de adhesión al sistema.

Sin embargo, el gobierno norteamericano y sus seguidores la siguen presentando y defendiendo a ultranza como ejemplo de democracia, como se consignó en la Conferencia Especial sobre Seguridad de la OEA, realizada los días 27 y 28 de Octubre de 2003 en Ciudad de México. Se dijo allí que “La democracia representativa es una condición indispensable para la estabilidad, la paz y el desarrollo de los Estados del Hemisferio...Muchas de las nuevas amenazas, preocupaciones y otros desafíos a la seguridad hemisférica son de naturaleza transnacional y pueden requerir una cooperación hemisférica adecuada... Reconocemos la importancia y utilidad que tienen, para aquellos Estados que son parte, los instrumentos y acuerdos interamericanos, tales como el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca, TIAR,!!! (el mismo tratado desahuciado

desvergonzadamente por Estados Unidos durante la guerra de las Malvinas) y el Tratado Americano de Soluciones Pacíficas (Pacto de Bogotá)".

Con este criterio ha actuado el gobierno yanqui en Ecuador y Bolivia para contener, neutralizar, y "canalizar institucionalmente" los levantamientos populares, cuando estos, a pesar de todos los intentos para evitarlos, finalmente ocurrieron.

La crisis es indiscutida en América Latina. En ella convergen elementos coyunturales y estructurales que perpetúan la desigualdad económica, social, política, cultural: privatizaciones, planes de ajuste, entrega de los recursos naturales a las transnacionales, apertura comercial indiscriminada, endeudamiento externo, concentración de la propiedad de la tierra, desindustrialización salvaje, desmantelamiento de las leyes de protección social, servicios públicos quebrados, flexibilización laboral, desempleo, pobreza, hambre, etc, etc, etc.

A su vez, las huelgas, tomas de tierras, cortes de rutas, luchas antiprivatizadoras y manifestaciones de masas en Bolivia, Ecuador, Perú, Paraguay, Puerto Rico, El Salvador, Panamá, República Dominicana, Argentina, México, Uruguay, Colombia, Chile, Brasil, Venezuela, revelan la magnitud sociopolítica de las resistencias populares y expresan una continuidad con el proceso abierto por el "argentínazo" iniciado en diciembre de 2001.

Este "clima de revuelta" de los de abajo derribó a seis presidentes constitucionales en los últimos años, desmontó regímenes autoritarios y corruptos, frenó procesos privatizadores, desencadenó una nueva oleada antiimperialista. De allí las manifestaciones masivas contra las guerras desatadas por Estados Unidos, el apoyo a la "revolución bolivariana" de Venezuela, la persistente solidaridad popular con el pueblo y gobierno de Cuba, las posibilidades abiertas en Brasil con la elección de Lula, las posibilidades de avance electoral de la izquierda en Uruguay, las actitudes contradictorias -aunque no en el fondo- entre gobiernos como el de Bolivia y Argentina con el de Estados Unidos.

El gobierno de Lagos, aliado incondicional de Estados Unidos.

Estados Unidos inició en los 90's una nueva etapa en su estrategia de dominación planetaria, la de la "guerra preventiva". Triunfó el sector más reaccionario y belicista del establishment norteamericano, los Donald Rumsfeld, Paul Wolfowitz, Dean Cheney, quienes desde fines de los 80's pugnaban por aprovechar "la oportunidad" del derrumbe del campo socialista para asentar sin contrapeso su dominio en el mundo a través de la fuerza.

La "guerra preventiva" ya no necesita actos o amenazas reales a los cuales responder, se desencadena simplemente contra amenazas o peligros "potenciales", cuya definición es tan amplia como arbitraria. Este ejercicio de poder neofascista tiene como su primera aplicación práctica la invasión a Panamá durante Bush padre; y después siguen la guerra del Golfo, Yugoslavia, Afganistán, Irak, y como telón de fondo de un periodo mayor, la guerra prolongada contra el pueblo palestino a través de Israel.

América Latina ha sufrido largamente el intervencionismo norteamericano. El de ahora es distinto, más peligroso y corresponde en el periodo más reciente a un momento de crisis del dominio yanqui y a la elevación de las luchas populares. A las invasiones militares del pasado, a las dictaduras militares impuestas en Chile y Argentina, se agrega ahora la invasión a Panamá, Granada, los intentos de golpe en Venezuela, la invasión y golpe

anticonstitucional en Haití para echar abajo a un gobierno constitucional, el esfuerzo por la anexión neocolonial del continente a través del ALCA.

Los gobiernos de la Concertación han apoyado sin reservas esta estrategia, jugando un papel de punta de lanza para instalarla. El gobierno de Ricardo Lagos –militante socialista y uno de los adalides del Consenso de Buenos Aires, expresión de la llamada Tercera Vía en América Latina- se ha esmerado particularmente en ser aliado incondicional de la política exterior norteamericana, desbrozador de caminos para el establecimiento del ALCA y de una fuerza militar multinacional “antisubversiva”, destinada a ser reemplazo de las tropas norteamericanas en América Latina y el mundo.

Aplicando esta política, han pasado por encima de la mayoría de los chilenos, incluyendo un importante sector de la Concertación, al condenar a Cuba en Naciones Unidas, al permitir operaciones de espionaje abiertamente provocadoras hacia Argentina, al ser los primeros en enviar tropas a Haití respondiendo al llamado del gobierno norteamericano para reemplazar sus tropas, al desatar una desatinada confrontación con Venezuela a propósito del apoyo a la reivindicación marítima de Bolivia, –precedida, ¡que vergüenza!-, por la inmediata declaración de apoyo que dio el Presidente Lagos desde una reunión del Grupo de Río al intento golpista en ese país que fue derrotado en pocas horas por la movilización popular. Igual que ahora, que se demoró en reconocer la victoria del gobierno de Hugo Chavez en el referéndum.

Estados Unidos no busca libre comercio con el ALCA. Lo que busca es asegurar en su retaguardia estratégica la garantía y protección a todo evento de la libre circulación y protección del capital transnacional norteamericano, persigue apoderarse del corazón andino del continente, especialmente de la cuenca amazónica, para consolidar el control geopolítico y militar de vitales recursos de la biodiversidad e importantes recursos naturales y ambientales.

Con el pretexto de la “lucha contra el narcotráfico”, quiere militarizar el continente a través del Plan Colombia, la Iniciativa Regional Andina, el Plan Puebla Panamá, las operaciones militares “conjuntas” en diversos países y la instalación de nuevas plataformas de espionaje e intervención militar en Ecuador, Curazao, Aruba, Honduras, El Salvador, y en la llamada “Triple Frontera” (Argentina, Paraguay, Brasil), para aplastar a las FARC en Colombia, al gobierno de Hugo Chavez en Venezuela y a todo avance de las luchas de los pueblos de América Latina.

No vacila en impulsar el separatismo de regiones geográficas ricas en recursos, redefiniendo Estados formalmente constituidos, para beneficio de las transnacionales y sus aliados locales, como en la Triple Frontera, en la Amazonia, Tarija en Bolivia, etc.; en promover la prédica chovinista, como en Bolivia, Chile y Perú, azuzando la “guerra entre países” en reemplazo de “la guerra de clases”; en apoyar tácticas de cooptación del movimiento social mediante gobiernos de “consenso y concertación nacional”.

El TLC de Chile con Estados Unidos -aprobado ilegal e inconstitucionalmente por el Parlamento chileno, pues contradice y sobrepasa leyes orgánicas constitucionales y la propia Constitución- amarra a Chile al agotado modelo económico vigente que nos condena a ser un país productor y exportador de materias primas, perjudica a la agricultura, que no podrá competir con los productos agrícolas subsidiados por el gobierno de EE.UU., impone el monopolio norteamericano en el sector farmacéutico y en los productos transgénicos, pretextando el derecho de propiedad intelectual y patentes, con las consecuencias negativas

sobre el precio de los medicamentos y la salud de la población.

Quizá lo más grave es que refuerza el despojo de nuestros yacimientos mineros iniciado en 1983 por la dictadura pinochetista, justamente ahora cuando crece la demanda legítima para que el país pueda beneficiarse de su riqueza minera. El debate acerca del royalty – mecanismo que permite recuperar parte de la renta minera que pertenece a Chile-, en que la Concertación y el gobierno se vieron obligados por la fuerza alcanzada por el movimiento nacional en defensa y recuperación del cobre, a proponer una ley de royalty muy insuficiente, mostró el enorme poder de que disponen las transnacionales, que ayudadas por la falta de decisión real del gobierno- lograron amagar este objetivo. Pero la batalla recién comienza. La movilización nacional que empuja esta demanda seguirá creciendo, en la perspectiva de la renacionalización del cobre.

La movilización popular del continente ha impedido hasta ahora que Estados Unidos logre sus propósitos. El Foro Social de las Américas, realizado en Quito entre el 25 y 31 de Julio, constató con satisfacción que las negociaciones del ALCA se han detenido como consecuencia de la presión popular y las discrepancias de varios gobiernos. Ya el III Encuentro Hemisférico de Lucha Contra el ALCA realizado en La Habana había reafirmado la oposición al acuerdo alcanzado en la cumbre de Monterrey (con la sola reserva clara del gobierno nacionalista de Chávez) en torno al ALCA de acuerdo a las condiciones impuestas por el gobierno de Bush. El mismo rechazo se expresó en Puebla sede de la reunión del Comité de Negociaciones Comerciales, principal instancia técnica del ALCA- donde los movimientos y la Alianza Social Continental repudiaron las pretensiones de instituir un ALCA “light” o “extralight”.

A pesar de eso, el gobierno estadounidense no cesa. Persigue ahora los mismos objetivos a través de tratados bilaterales, que aunque tienen el mismo contenido, incluso llegan a rebasar el ALCA, aprovechando la debilidad y sumisión de los gobiernos de Centroamérica y de los cuatro países de la región andina, con los que desarrolla actualmente negociaciones.

Es por eso que apoyamos plenamente los esfuerzos de la Campaña Continental contra el ALCA y sus capítulos nacionales, que se concentran ahora en combatir los TLC's, impidiendo que se ratifique el tratado con Centroamérica y que se suscriba el TLC andino.

Al subordinarse a intereses contrapuestos a los de América Latina, Chile ha caído en un peligroso aislamiento en la comunidad latinoamericana. Sin ser modelos de integración en beneficio de nuestros países, tratados como el Mercosur, la ALADI, el Pacto Andino, son de todas maneras una mejor referencia que los tratados de libre comercio con Estados Unidos.

Simpatizamos por tanto con las iniciativas emprendidas por los gobiernos de Venezuela, Brasil, Argentina, en particular con la idea de potenciar nuestros recursos naturales mediante empresas latinoamericanas integradas. Ello responde a una concepción de integración justa y solidaria, basada en la cooperación, que potenciará nuestra inserción en la economía internacional a través de un frente común de países latinoamericanos.

Este planteamiento bolivariano se funda en varios elementos comunes: una misma historia; un mismo enemigo común, el imperialismo norteamericano; una misma cultura, la latinoamericana; una misma guerra revolucionaria anticolonialista y un mismo proceso de constitución de Estado. La integración económica, política, cultural, en América Latina, tiene raíces y fundamentos muy profundos.

Acelerar la construcción de un movimiento político y social antineoliberal.

Chile fue escenario de una contrarrevolución neoliberal temprana que condujo a un neoliberalismo maduro, es decir, se llevó a cabo todo el programa de contrarreformas neoliberales, incluido el retroceso ideológico-cultural.

La dictadura desarrolló a fondo el modelo económico llamado de “libre mercado”; creó un orden institucional excluyente de la izquierda, con sistema electoral binominal y rol tutelar de las FF.AA.; creó las condiciones para la fusión posterior entre la derecha y el sector hegemónico de la Concertación, el cual legitimó complacientemente la herencia de la dictadura.¹ Nos hizo transitar desde una estructura de representación política a una de baja intensidad clasista, siendo factor decisivo en esta transformación la “desafiliación” del Partido Socialista de su ideario de izquierda. Generó cambios profundos en las ideas, valores y actitudes de las personas como resultado del carácter invasivo del mercado, conjugado con un fuerte resurgimiento del conservadurismo con su secuela de hipocresía y discriminación social. Un ejemplo es la influencia de concepciones integristas en la Iglesia Católica, que rechaza la educación sexual, el aborto, el divorcio.

Se necesita imperativamente superar el retroceso de la conciencia popular, especialmente en Chile, como condición para avanzar en la acumulación de fuerzas. Ello es posible a partir de, al menos, 4 factores:

- 1)** La violenta contradictoriedad del neoliberalismo. Quienes viven en esta sociedad sufren diariamente su dominio y por tanto pueden, a partir de su vida cotidiana, entrar en contradicción y en lucha con él. Ese es el inicio del proceso de conciencia.²
- 2)** La nueva dimensión que han adquirido las movilizaciones populares. La acción práctica de lucha, al desencadenar procesos cargados de emocionalidad, es vital para la constitución de la conciencia de clase. En la actividad colectiva surge más fácilmente la disposición a “escuchar” ideas nuevas, y en situaciones de actividad política intensa de las masas, se crean todas las condiciones para “adoptar” esas ideas, pues las personas desarrollan emociones que las comprometen. Cualesquiera que fueren las influencias culturales que pudieran operar, los valores, creencias y símbolos serán preservados, modificados o rechazados en relación con las características emocionales de la experiencia directa.
- 3)** Las sedimentaciones y el sentido común positivo. Aunque el neoliberalismo ha logrado irradiar fuertemente sus ideas, valores y actitudes, logran subsistir de todas formas rasgos de identidad y conciencia popular más o menos desarrollados.

Si fuera cierto que hoy pueden convivir en la misma persona elementos de un “antiguo” sentido común -que desde nuestra perspectiva habría que asociarlo positivamente al “buen sentido” del cual habla Gramsci- y un sentido común neoliberal generalizado, con mayor razón es la práctica colectiva la única manera de hacer “aflorar” ese “buen sentido”.

¹ Oscar Azócar, “La revolución democrática y la PRP”, Octubre de 1994.

² Mauro Iasy, sociólogo y académico de la Universidad de Sao Paulo, Brasil. “E l retroceso ideológico cultural y el desarrollo de la conciencia”, ponencia en la XIX Escuela de Verano del Instituto de Ciencias Alejandro Lipschutz.

El “sentido común” para Gramsci es siempre “producto histórico” que contiene contradictoriamente las distintas herencias del pasado, encierra memoria histórica positiva de las masas subalternas y experiencias que son resultado del quehacer práctico. Es el caso de las tradiciones y acervo de lucha que provienen de la experiencia de la Unidad Popular y de la lucha contra la dictadura, síntesis de un largo desarrollo histórico del movimiento popular.

- 4) Y lo más importante: la actuación de la izquierda revolucionaria. No se avanzará en acumular fuerzas sin la intervención de organizaciones que dirijan y encaucen la organización, la lucha y la maduración de la conciencia popular; que se concentren en los trabajadores y logren que se constituyan en el núcleo de un amplio frente en que se integren los más diversos sectores; que elaboren una plataforma política de cambios y las consignas adecuadas para cada momento; que adecuen la táctica a los cambios del momento y sin perder de vista el objetivo estratégico; que forjen capacidad para conquistar el poder del Estado, transformarlo y colocarlo al servicio de los cambios democráticos y revolucionarios.

Algo es seguro: seguirá cursando la lucha de los movimientos sociales, de los que hay una gran diversidad. Están los trabajadores desregulados, indígenas y sectores rurales empobrecidos; los que reivindican soberanía nacional sobre los recursos naturales; los que luchan por la ampliación de las libertades democráticas y por democratizar la sociedad; los estudiantes y jóvenes; los que defienden los derechos humanos; los movimientos de mujeres; los ecologistas, que luchan contra la acción depredadora del neoliberalismo; los que luchan por el reconocimiento de la diversidad sexual; los de las fuerzas de la intelectualidad y la cultura que rechazan el posibilismo o la sumisión.

Seguirán habiendo enfrentamientos, crisis gubernamentales, diversos tipos de levantamientos. Nuestra experiencia indica que vale más concentrarse en la organización, la lucha y la unidad del pueblo, que en la actividad en las instituciones del sistema.

Pero los movimientos sociales, por sí solos, no conducen a la superación del sistema de dominación imperante. A pesar de su masividad y combatividad, hasta ahora no han logrado conformar nuevos gobiernos populares.

Para superar la crisis y evitar los desgarramientos del tejido social junto con la caída de las esperanzas, que mañana pueden dejar el terreno libre a las elites dominantes, se necesita acentuar la construcción de un movimiento social y político alternativo que sea capaz de abordar la cuestión central de toda transformación de fondo, la cuestión del poder del Estado.

Hay quienes critican a los partidos de izquierda “tradicional”, que con sus “estadocentrismos”, estructuras verticalistas y “dirigismos”, atentarían contra la horizontalidad, autonomía, estructura participativa, etc., de los movimientos sociales. No viene al caso defender a tales partidos, que los ha habido. Pero generalizar no se ajusta a la realidad ni en relación a los partidos de izquierda ni a los movimientos sociales.

La expresión autónoma de los movimientos sociales vale en primer lugar y esencialmente en relación con los mecanismos del sistema de dominación, con el Estado, los partidos políticos del sistema. Pero eso no significa separación ni mucho menos contraposición con los partidos de izquierda, la experiencia demuestra la necesidad que ambos se interrelacionen.

En Brasil los movimientos sociales dan paso a la constitución de partidos y frentes de izquierda que llegan al gobierno. En Ecuador y Bolivia se fundan también nuevos partidos de izquierda que representan las demandas de los pueblos originarios y los campesinos cocaleros.

En Chile, el Partido Obrero Socialista surgió a partir del desarrollo del movimiento obrero. Posteriormente, el triunfo de la Unidad Popular y el proceso revolucionario encabezado por Salvador Allende, no hubieran sido posibles sin el desarrollo previo de un poderoso movimiento popular concebido como movimiento político y social. Sus distintos segmentos confluyeron en una demanda democrática global. El movimiento estudiantil y su lucha por la reforma universitaria junto con un movimiento estudiantil secundario reivindicando universidad para todos; un movimiento poblacional con una historia de tomas de terrenos organizadas y dirigidas por la Izquierda, que dieron paso a las poblaciones populares; un movimiento campesino organizándose rápidamente y pasando a ser un actor político en la medida que hizo suya la demanda de reforma agraria; un movimiento juvenil unitario y plural que se desarrolló poderosamente al integrarse a la lucha antiimperialista y antioligárquica; un movimiento de mujeres muy vinculado a la izquierda. Pero el periodo del gobierno de Salvador Allende también muestra que el accionar independiente de las masas fue inhibido por la Unidad Popular, lo que conspiró contra la conformación de un poder popular que pudo haber jugado otro papel en la defensa del proceso de transformaciones.

En la realidad, la línea divisoria se establece más bien entre movimientos y partidos que encaran la lucha con una perspectiva transformadora, y movimientos y partidos que solo pretenden “maquillar” el neoliberalismo. Hay quienes condenan el neoliberalismo pero consideran imposible su transformación radical. Entonces se derivan posiciones tan cómodas como que la opción lúcida sería luchar por la reforma del sistema y la inutilidad de la lucha por el poder. Como alguien dijo, la idea ingenua de que “podemos asar un cordero a fuego lento sin que se de cuenta”.

No son los “subversivos” quienes instalan la cuestión del poder, es la profundidad de la crisis la que la instala. Eso significa en esta fase construir un contrapoder desde abajo, capaz de enfrentarse con éxito un poder dominante que se defiende con todos los recursos represivos, financieros y mediáticos a su alcance. Quiere decir acumular experiencias de acciones directas y de refuerzo de la conciencia para los enfrentamientos futuros.

Los programas de reivindicaciones y de propuestas institucionales de democracia directa como los Referéndum (Uruguay, por cierto ahora Venezuela); las iniciativas como la “Consulta Popular” o los “Plebiscitos” en Brasil, Argentina y México contra el ALCA y por el no pago de la deuda externa; la “Asamblea Popular” en Bolivia -para contrarrestar la maniobra de Carlos Mesa y su pseudo Constituyente integrada al parlamento-, son elementos de autoorganización y de creación de una “institucionalidad popular alternativa”.

Las luchas de los habitantes de Cochabamba por el control del agua en 2002 (conocida como la “guerra del agua”), las reivindicaciones de los indígenas ecuatorianos contra el pillaje de los trusts petroleros en las zonas de su pertenencia histórica, la movilización continental en defensa de la Amazonia, la lucha de las poblaciones autóctonas de las regiones afectadas por el Plan Puebla Panamá, representan tanto una resistencia histórica contra la colonización como una faceta radical de la lucha ecológica.

Los movimientos reivindicativos de asalariados y de trabajadores desempleados que asumen formas de lucha más radicales, no en las empresas aunque también allí existan-, sino en las protestas callejeras, tanto en grandes ciudades como en las pequeñas de la periferia, forman parte ya del nuevo sujeto popular.

En Chile, las luchas de estos dos últimos años han reafirmado que el más importante movimiento social en Chile sigue siendo el de los trabajadores. Pero también hay otros movimientos sociales que siguen jugando un rol fundamental, como el movimiento en defensa de los derechos humanos, con victorias parciales, pero no definitivas; el de las mujeres; el movimiento estudiantil; el pueblo mapuche; los movimientos ecologistas; el Movimiento por la Diversidad Sexual; el Comité Nacional de Defensa y Recuperación del Cobre; Cultura en Movimiento.

En esta construcción del sujeto social y político se ha dado un gran paso con la conformación del PODEMOS, movimiento de fuerzas políticas y sociales de izquierda y progresistas, que aglutina al Partido Comunista, Partido Humanista, MIR, Izquierda Cristiana, Izquierda Socialista, Frente Unidos Venceremos, Movimiento Patriótico Manuel Rodríguez y otras fuerzas políticas, las Urracas de Meaux, junto a movimientos sociales ecologistas, de la diversidad sexual, del mundo cristiano, de defensa de la salud y educación públicas, por ejercer soberanía sobre el cobre, movimientos culturales, corrientes sindicales clasistas y personalidades sociales e intelectuales. Siendo un movimiento que se propone construir una alternativa de poder al neoliberalismo, va mucho más allá de lo electoral, pero también participará en las elecciones municipales próximas a través de un pacto electoral entre el Partido Comunista y el Partido Humanista.

Los desafíos para la izquierda chilena también derivan del papel que jugaron las FF.AA. -sirviendo a la oligarquía y el imperialismo norteamericano- al destruir el proceso de transformaciones revolucionarias que llevaba a cabo el gobierno de la Unidad Popular. Ello ha sido convertido interesadamente, por algunos, en argumento para justificar su viraje al neoliberalismo. Llegará el momento, dicen, en que fatalmente las FF.AA. volverán a jugar este papel de contención de cualquier proyecto popular alternativo al neoliberalismo.

Rechazamos tal argumento facilista. Si bien es cierto en Chile, después de la dictadura, las FF.AA. no se han democratizado ni se han desvinculado de la doctrina de seguridad nacional, y muchos responsables de violaciones a los derechos humanos permanecen impunes, la experiencia de diversos procesos revolucionarios y progresistas en América Latina y la propia experiencia en Chile, muestran que las instituciones militares no son impermeables a las ideas de cambio social. En ocasiones, la fuerza del movimiento popular ha logrado que jueguen, en su totalidad o sectores importantes de ellas, un papel distinto, favorable a los intereses populares.

Así ocurrió en Perú, Bolivia, Panamá, República Dominicana. Así también ocurrió durante la Unidad Popular, en que un significativo sector, constitucionalista y patriótico, logró mantener durante 3 años la hegemonía dentro de las Fuerzas Armadas, en un periodo caracterizado por la permanente conspiración y desestabilización golpista dirigida por el gobierno de Estados Unidos. Así ocurre actualmente en Venezuela.

Hoy las Fuerzas Armadas en América Latina enfrentan una situación nueva que se caracteriza por el fin de la bipolaridad y la guerra fría, lo cual desarmó el manido argumento de cooptación de "la lucha contra el bloque comunista"; el paso de dictaduras militares a

democracias neoliberales, que aunque conservan en mayor o menor grado rasgos de militarismo, han dejado cierto cuestionamiento a las violaciones a los derechos humanos y a los hechos de corrupción protagonizados por esas dictaduras; el ya descrito arrasamiento permanente de la soberanía nacional de nuestros países por parte de Estados Unidos; todo lo cual genera condiciones favorables para que la izquierda avance en la disputa ideológica y política por las FF.AA., en vistas a redefinir el papel de los militares junto a la lucha del pueblo por la democracia y la soberanía nacional.

La reciente victoria del proceso revolucionario encabezado por el gobierno de Hugo Chavez en Venezuela es una señal poderosa de que estamos en un nuevo momento en la historia del continente. Esa victoria nos fortalece para construir alternativas radicales que vayan a las raíces de la crisis y resuelvan las aspiraciones y necesidades de las masas trabajadoras. La consigna de Rosa Luxemburgo "Socialismo o Barbarie" está plenamente vigente, en el sentido que ante el capitalismo neoliberal, a estas alturas, después de los fracasos de las terceras vías y consensos neoliberales, la única alternativa posible es el socialismo.

Chile en su historia ha sido laboratorio político en más de una ocasión. Fue uno de los pocos países en que se conformó un gobierno de Frente Popular en los años 30; una coalición de izquierda, la Unidad Popular, triunfó en las elecciones por primera vez en el mundo; aquí se llevó a cabo por primera vez en el mundo el experimento neoliberal.

Hoy, la manipulación mediática neoliberal acerca de los éxitos del modelo chileno, se ha convertido en un elemento clave de propaganda del neoliberalismo mundial. Por tanto, entendemos que resolver nuestros desafíos implican una responsabilidad con nuestro pueblo y con todos los pueblos del mundo. Estamos pues por una política revolucionaria sin fronteras, que regionalice las luchas, que articule los caminos de emancipación entre todos los pueblos.

En el Foro Social de las Américas en Quito, al discutir las relaciones entre "movimientos sociales y poder", Gilmar Mauro, del Movimiento Sin Tierra del Brasil, caracterizó a su organización como social, sindical y política y afirmó que no se puede realizar la reforma agraria sin alterar el régimen político, por lo cual ello pasa por la disputa por el poder. Para él, ocupar tierras es ayudar al gobierno de Lula a superar la injusta distribución de la tierra. La nueva sociedad, agregó, será verdaderamente nueva si el pueblo la conquista efectivamente y este camino comprende la diferencia, pero no la contradicción, entre reforma y revolución. El MST no ve contradicción en luchar por reformas y por revolución, pero no se llegará a una nueva sociedad de reforma en reforma.

Compartimos plenamente esas palabras.

Santiago, 17 de Agosto de 2004.